

didas que era necesario adoptar para combatir con fruto al enemigo, aconsejando evitar acciones generales; acometer á los contrarios por medio de partidas sueltas; no dejarles descansar un momento; estar siempre sobre sus flancos y retaguardia; fatigarlos con el hambre; interceptando sus convoyes y destruyendo sus almacenes; cortarles toda comunicacion entre Portugal y España, y entre España y Francia; atrincherar todos los puntos que por su naturaleza eran fuertes, y aprovechar, en fin, todos los accidentes que en su terreno ofrece la Peninsula para la defensa, con sus rios, torrentes y cadenas de montañas que por todas partes la cruzan. Tales fueron los consejos de aquella corporacion, y tal el sistema de guerra que se siguió despues, dándonos al fin la victoria sobre los vencedores del mundo. La junta concluia observando que lejos de haber jamás la Francia reinado sobre nosotros, habiamosla nosotros dominado, no ya por la supercheria, sino por la fuerza de las armas. Encárguense, añadía, hombres instruidos de ilustrar la opinion en las provincias sobre el charlatanismo de las gacetas francesas, y sobre el abatimiento de los que en Madrid se han votado al yugo extranjero: cuidese de hacer entender y persuadir á la nacion que libres, como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, *bajo él y por él se convocarán cortes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la esperiencia dicten para el público bien y felicidad*; cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos, sin necesidad de que vengan los franceses á enseñárnoslo.

Dedúzcase de aquí, dice con razon el conde de Toreno, si fué un fanatismo ciego y brutal el verdadero móvil de la gloriosa insurreccion de España, como han querido persuadir los extranjeros interesados ó indignos hijos de su propio suelo. Dedúzcase de aquí (añadiremos nosotros) el verdadero carácter de la época en aquel asombroso alzamiento: la independencia en primer lugar; la libertad y la reforma en segundo: independencia que debia reconquistar el país como primera condicion de su existencia; libertad y reforma que el rey nos otorgaria despues, restituido que fuese al trono de sus mayores, merced al heroismo nacional.

La insurreccion de Sevilla se habia verificado con el orden mas admirable, no habiendo tenido que lamentarse en medio de aquella conmocion sino el asesinato del conde del Aguila, procurador mayor del ayuntamiento, por injustas sospechas de traicion, ó por efecto de siniestra ojeriza personal, como es mas creible. Cádiz iba á ofrecer otra victima. Enviado á esta ciudad por la junta de Sevilla el oficial de artilleria, conde de Teba, llegó en ocasion en que los habitantes se hallaban notablemente alarmados con la conducta del general Solano, que habiendo salido de Badajoz para desempeñar en Cádiz las funciones de capitán general de Andalucía, con arreglo á las órdenes de Murat, se oponia con la misma tenacidad que en la capital de Estremadura á todo rompimiento con los franceses. Hablábale de combatir á los enemigos, y *hélos allí*, contestaba él, señalando los navios ingleses que se vian delante del puerto. Sabido oficialmente el levantamiento de la metrópoli andaluza, y acosado Solano para que imitase su ejemplo, reunió consejo de generales, en el cual se acordó dar un bando en que desaprobándose la insurreccion como temeraria, se accedia no obstante á formar un alistamiento. De este modo pensaban Solano y los once que firmaban con él conciliar su forzosa deferencia á las peticiones del pueblo gaditano con la obediencia prometida á Murat. El general hizo publicar el bando de noche á voz de pregon, con hachas encendidas y de una manera ostentosa. Irritados los habitantes con el estudiado y capcioso language del manifiesto, dirigiéronse en tumulto á casa de Solano, pidiendo á gritos la guerra á los franceses. La decidida actitud de la muchedumbre impuso al capitán general, quien no pudiendo resis-



tir sus exigencias, prometió poner en ejecución lo que se le pedia, reuniendo al efecto un nuevo consejo de generales para la mañana siguiente. Hizolo así en efecto, resultando de la junta la determinacion de condescender con los deseos del pueblo. Este mientras tanto habia continuado en tumulto desde la vispera, soltando una porcion de presos, allanando la casa del cónsul francés, el cual consiguió, despues de graves peligros, salvarse en su escuadra, y apoderándose de las armas que se hallaban en el parque de artilleria, empresa que la muchedumbre realizó con facilidad, apoyada en la connivencia de la tropa. Era deseo general proceder inmediatamente á embestir la escuadra francesa, y como se digese al pueblo no ser esto posible con la precipitacion que él quería, por hallarse nuestras naves unidas todavía á las del enemigo y espuestas por consiguiente á recibir los mismos daños que las de este, entrevióse en aquella observacion el proyecto de ganar tiempo en perjuicio de la causa nacional. Embravecida la multitud, y mas irritada que nunca, se dirigió de nuevo á la casa del general con siniestra y horrible griteria. Era esto á las cuatro de la tarde del 29, hora en que Solano estaba comiendo. La guardia se negó á dar entrada á aquella turba furiosa, permitiéndole solo disputar tres comisionados para hablar con el general. Uno de ellos, cuyo rostro era muy parecido al de este, se asomó al balcon con objeto de hablar á la muchedumbre. Creyendo los amotinados ver en él á Solano, redobló sus gritos, visto lo cual por el comisionado y no pudiendo hacerse oír, comenzó á hacer señas indicando al pueblo su equivocacion y demandando silencio. Ciega la multitud en tomarle por el general, interpretó sus señas y ademanes como otras tantas negativas á la peticion de guerra, bramando de rabia los mas acalorados y haciendo fuego contra la casa, á la cual apuntaron un cañon que trageron del parque. Refujióse la guardia dentro del edificio; mas las puertas fueron hechas pedazos, y el pueblo lo inundó muy en breve. El general Solano, que habia conseguido huir por la azotea y refugiarse en la casa del banquero irlandes Strange, vecino y amigo suyo, encontróse en ella con un ex-novicio de la Cartuja de Jerez, llamado Olaecha, quien puesto entonces al frente de los amotinados, y sospechando que la victima buscaria su asilo en la casa en cuestion, se habia adelantado á su entrada por otro camino. Indignado Solano al verse delante aquel hombre, agarróle del brazo y encerróle en un pasadizo, ayudándole el comandante Creach. El cartujo quería escaparse, y no pudiendo verificarlo sino lanzándose al patio, hizolo así por una claraboya, no faltando quien crea haber sido Solano mismo quien le precipitó de aquella altura (1). Olaecha caido en el suelo y rota una pierna, señala con el dedo el lugar donde ha sido sorprendido, y en el cual se refugia el que todos apellidan traidor. Enfurecida la muchedumbre se dirige á los últimos pisos, y buscando á Solano por todas partes, consigue finalmente dar con él en el sitio en que estaba escondido. Vanamente la dueña de la casa se esfuerza por salvar á la victima. Herida aquella generosa señora, y habiendo sido inútiles todos los ruegos, apodérase la plebe del objeto de su furor, y arrancándole de aquella guarida, salen todos á la calle con él, anunciando con gritos espantosos que van á colgarle en la horca. Solano en tan terrible trance hacia contrastar su valor con la furia de sus

(1) Tal es la opinion de algunas personas á quienes hemos consultado sobre aquel acontecimiento, y tal es tambien el aserto de Foy, el cual dice terminantemente que habiendo un obrero seguido á Solano, le agarró este y le lanzó á la calle. Este obrero debió ser Olaecha, toda vez que segun los informes que hemos podido adquirir sobre aquel suceso, no hubo mas caída que la suya, de la cual murió poco tiempo despues.





enemigos, mostrando una serenidad admirable y aquella elevación de alma que tanto le caracterizaba en los momentos críticos. El propósito de los asesinos de ahorcar al desgraciado no pudo tener efecto, pues antes de llegar al sitio designado cayó el general bajo los golpes de la chusma, dando fin á su larga agonía. Catástrofe espantosa y tremenda, con la cual espíó horriblemente el delito de haber creído imposible la resistencia al emperador. En días de revuelta y peligro califican los pueblos de crimen la excesiva prudencia, y el fanatismo patriótico la castiga de muerte. El pueblo gaditano confirmó el mando vacante, á consecuencia de aquel asesinato, al teniente general D. Tomas de Morla, que habiendo ocho años antes salvado á Cádiz de los ingleses, aspiraba ahora á merecer el mismo lauro combatiendo al emperador. Morla hizo jurar el 31 de mayo á Fernando VII, cuyo acto se verificó con la mayor solemnidad, presenciándolo el conde de Teba y D. Eusebio de Herrera, comisionados de la junta de Sevilla. Esta ratificó el nombramiento del nuevo capitán general de la provincia de Cádiz, y la junta que se estableció en dicha ciudad se declaró dependiente de la de Sevilla.

El pronunciamiento andaluz adquiría un punto de apoyo formidable con la cooperación gaditana, cuya primer consecuencia fué la rendición de la escuadra francesa al mando del contra-almirante Rosily, como diremos en otro capítulo. Córdoba y Jaen, unidas igualmente á Sevilla, crearon lo mismo que Cádiz juntas dependientes de la Suprema de España é Indias, siendo Granada la única provincia andaluza que no reconoció su autoridad, creyendo mas conveniente obrar aparte y dirigirse por sí sola. Formado con actividad extraordinaria el alistamiento del paisanage comprendido en el territorio de su vasta jurisdicción, dió la junta de Sevilla el mando de todo el ejército al teniente general D. Francisco Javier Castaños, que habiendo sido requerido por



Murat para unirse á la causa del intruso, prefirió decidirse por la nacional, sometiéndose á la junta sevillana con 9,000 hombres de tropas regladas que tenia á sus órdenes como comandante del campo de San Roque, suceso que llenó de alegría á los patriotas andaluces, y con el cual recibió la causa nacional un refuerzo de inmensa trascendencia en aquella crisis terrible. Castaños se habia puesto en comunicacion con el gobernador de Gibraltar Dalrymple, solicitando la cooperacion inglesa en favor de la independencia española, mientras Martinez de la Rosa hacia otro tanto en nombre de la junta de Granada. Vacilante el gefe inglés entre decidirse á favor del enviado granadino y otro comisionado que le habia precedido de parte de la junta de Sevilla, adoptó la resolucion de reconocer á esta como cabeza principal del levantamiento andaluz, sin perjuicio de enviar á Granada los recursos de que hemos hecho mencion, intentando asi conciliar su deferencia á los deseos de ambas juntas con la necesidad de establecer la unidad posible en las operaciones del Mediodía, erigiéndose para todas ellas una sola cabeza en vez de dos. Dalrymple en tanto y el almirante Collingwood ofrecieron su apoyo á la junta sevillana, manifestándose dispuestos á auxiliar la insurreccion, no solo con armas y pertrechos de guerra sino con soldados tambien. Esta promesa, hecha por ambos gefes bajo la suposicion de que seria aprobada por su gobierno, fué en efecto á los pocos dias, ordenándose al general Spencer auxiliar con 5,000 hombres las operaciones de la junta de Sevilla. El vizconde de Matarrosa y demas comisionados del Norte de España que continuaban en Londres, habian conseguido en toda su plenitud el objeto de su mision. El gobierno británico atendió á la vez á Asturias, á Galicia, á Vizcaya, á Cataluña, á la Andalucía, á todo. Los insulares nos habian declarado la guerra, mas que por efecto de ódio, por nuestra alianza con los franceses, sus eternos rivales: rotas ahora las hostilidades con estos, la escena debia cambiar completamente. Nuestra lucha con la Gran Bretaña habia cesado de hecho desde la primera noticia que se tuvo en Londres acerca de la insurreccion asturiana: un mes despues quedaron oficialmente reconocidas por el gobierno inglés las relaciones de paz entre ambos paises. Los comisionarios de Jorge III, al prorogar el parlamento el dia 4 de julio, anunciaron á las cámaras la resolucion que S. M. habia tomado de ayudar con todas sus fuerzas á los españoles en la noble lucha en que estaban empeñados. El entusiasmo inglés fué sin limites. La guerra que la Gran Bretaña estaba haciendo desde 1793 la habia reducido á la defensiva, sin esperanza de tomar otra actitud en mucho tiempo. El levantamiento de España mudaba el estado de las cosas del modo mas satisfactorio para ella: el plan de Napoleon, reducido á invadir las islas británicas sometida que fuese la Peninsula, quedaba minado por su base desde la insurreccion de esta; y libre de ese temor la Inglaterra, podia tomar la ofensiva, decidiendo á su favor en los campos españoles aquella sangrienta contienda. Los comisionados españoles cerca de aquella nacion, aceptaron cuantos auxilios de armas, provisiones y dinero les fueron ofrecidos; pero nunca pidieron soldados. *Hombres*, decian ellos, *no hacen falta en nuestro pais*, y tenian mucha razon.

Sublevadas contra el enemigo todas las provincias de España, con la sola escepcion de las poblaciones y distritos inmediatamente ocupados por el ejército francés, acabó de coronarse la obra del patriotismo con la insurreccion de las islas Baleares, verificada en los últimos dias de mayo; acontecimiento que nos valió la conservacion de nuestras naves surtas en el puerto de Mahon, 10,000 hombres de tropa reglada, y un estribo seguro donde poder apoyarnos si la guerra producía reveses que nos obligasen á buscar un asilo en aquellos lugares. Mas adelante secundaron las islas Canarias el grito nacional de la Peninsula, ofreciéndonos otro punto de apoyo, aunque remoto, y al cual afortunadamente no hubo necesidad de recurrir.



Todo presentaba el cuadro mas lisongero; todo nos halagaba á últimos de mayo y principios de junio de 1808 con la grata esperanza de poder resistir con éxito las formidables huestes del usurpador. Una decision tan espontánea, un levantamiento tan unánime, un entusiasmo tan universal y ferviente, no era posible que pudieran desvanecerse sin producir resultados. Habia un peligro, no obstante, y era la circunstancia de hallarse sometido el Portugal á las tropas francesas, habiendo nosotros contribuido á forjar su yugo con la inicua cooperacion que el degradado gobierno de Carlos IV nos habia obligado á prestar para la ocupacion y despojo de aquel reino. La enemistad y antipatia con que los portugueses habian siempre mirado á la España no tenia en la época á que nos referimos sino motivos para subir de punto; y á haber sido el emperador mas advertido, hubiera podido fomentar en el Occidente de la Peninsula un principio de desunion, que desarrollado oportunamente, nos habria sido fatal. La suerte quiso afortunadamente que el que habia sido ciego respecto á nosotros, lo fuese tambien en los asuntos del reino lusitano. Constante Napoleon en su sistema de despreciar los pueblos situados al otro lado del Pirineo, y creyendo que para doblegarlos á su yugo bastaba la fuerza material, siguió con los portugueses una política igualmente equivocada que con nosotros; y los que en un principio nos miraban con mas animosidad y mas tédio que á él, acabaron por reconciliárenos, haciendo la debida distincion entre los españoles y su gobierno. Un pais de tres millones de habitantes no debió nunca ser gravado, como lo fué Portugal, con una contribucion de cien millones de francos, sin contar los dos millones de cruzados que, segun tenemos dicho en el tomo primero, se le habian tambien exigido. Las quinas lusitanas no debieron tampoco caer del modo deshonoroso que se verificó, haciendo Junot sucederles la bandera tricolor y las águilas invasoras, sin conservar á los portugueses una sola señal de lo que antiguamente habian sido. El consejo de gobierno nombrado por el principe regente durante su ausencia, era en febrero de 1808 lo único nacional que les quedaba, y ese consejo fué abolido tambien, sustituyendo Junot su autoridad á la de un cuerpo que hubiera ganado mucho en conservar sometido, aun cuando solo fuese por considerarle el pais como delegado del principe legitimo. De este modo fué herida la nacionalidad portuguesa con la misma falta de miramiento que despues lo fué la de España. La indole peculiar de nuestra obra no nos permite estendernos en detalladas observaciones relativas á otro pais que no sea el nuestro; pero no siéndonos posible prescindir enteramente de las que dicen relacion á Portugal, diremos lo que consideremos absolutamente preciso para comprender la conexion de ambas causas y el deplorable uso que de su mal entendida ambicion hizo Bonaparte en uno y en otro pais. Los errores de una cabeza tan bien organizada como la del emperador, merecen la pena de ser considerados bajo todos sus puntos de vista; y los cometidos en Portugal estan demasiado relacionados con el buen éxito de nuestra insurreccion para que puedan ser pasados por alto.

Deseoso Junot de conservar su conquista, y soñando con la idea de ceñirse la corona lusitana, habia puesto en práctica todos los medios más á propósito para hacer infructuosa en los portugueses toda tentativa de levantamiento. Fortificados los alrededores de Lisboa para tener en respeto á la capital, y diseminadas las tropas portuguesas en diversas partes del reino para fraccionar su union y su fuerza, hizolas despues de haber sido reducidas á menos partir para Francia, al mando del marqués de Alorne, libertándose asi de unos cuerpos que, aunque escasos en número, podian secundar un alzamiento si la furia popular llegaba á romper.

Varios gefes del antiguo ejército portugués se prestaron con gusto á servir bajo las banderas de Napoleon; pero los soldados y la generalidad de los oficiales no participaban del mismo espíritu, y asi fué que de los nueve



ó diez mil hombres que componian el ejército reformado por Alorne, desertaron la mayor parte al pasar por España, no consiguiendo el emperador reunir en Bayona sino tres mil doscientos cuarenta. La reforma hecha por el marques habia desagradado á los oficiales antiguos, retirándose á sus casas mas de la mitad de ellos, unos por efecto de patriotismo, otros por no haber obtenido los empleos que se prometian. Junot mientras tanto tenia conseguido su objeto, que era reducir á la nada el ejército portugués, privándole de existencia militar en su territorio y diseminando á los descontentos.

— Nombrado gobernador general del reino sometido, habia el general francés cuidado de centralizar en su mano todos los resortes del poder y de la administracion, erigiéndose en déspota de los portugueses, ni mas ni menos que despues lo hizo Murat con los españoles. Desconfiando de nuestras tropas que no le eran aliadas sino en el nombre, y sospechando de ellas tanto mas cuanto menos dispuesto estaba (según las instrucciones de Bonaparte) á cumplir el tratado de Fontainebleau, habian sus recelos subido de punto en los meses de febrero y de marzo. Cuando á los primeros de este mes volvía Godoy en su mente el proyecto de retirarse á las Andalucias con la familia real, ordenó á los generales españoles que estaban en Portugal se restituyesen á España con sus tropas. Solano lo verificó con las suyas, y entró en Badajoz; pero habiendo ocurrido la revolución de Aranjuez y subido al trono Fernando, las tropas de Carraffa, acantonadas en Lisboa, no tuvieron tiempo para realizar su traslacion, por haberse dado contraorden de parte del nuevo gobierno. Los soldados que, á las órdenes del general Taranco, muerto el 18 de enero, se habian acantonado en Oporto, comenzaron á pasar el Miño en virtud de las órdenes de Godoy; pero habiéndoles llegado la contraorden espresada, volvieron á entrar en Oporto, continuando Solano en Badajoz, por no haber creído Junot oportuno hacerle volver, contentándose con que le enviase cuatro de sus batallones, los cuales fueron destinados á Setubal. Pocos dias despues ocurrió la salida de Fernando para Bayona, seguida de la traslacion de Godoy, Carlos IV y Maria Luisa á la misma ciudad. La espectacion en que los españoles quedaron aquellos dias con tantos motivos de alarma, coincidió en Portugal con la noticia que poco antes habia comenzado á cundir entre sus naturales, de que Napoleon pensaba fijar su suerte dándoles un rey liberal que unos creian seria Luciano Bonaparte; otros el príncipe Eugenio, virey de Italia; otros el mariscal Lannes, y otros finalmente Junot, que á la circunstancia de estar nombrado gobernador general del reino, añadia mas recientemente la de haberle conferido Napoleon el titulo de duque de Abrantes. La idea de restablecer la monarquía lusitana, purificándola de los abusos del antiguo régimen, aun cuando fuese bajo un monarca napoleonida, tenia en Portugal partidarios, pues si bien no creian satisfactoria á su nacionalidad la ereccion de una dinastía estrangera, preferianla no obstante á la triple division intentada según lo convenido en el tratado de Fontainebleau, tratado que, aunque Junot encargó á los generales españoles lo tuviesen secreto, habia confusamente llegado á conocimiento del público. En semejante estado de cosas, llegó á Bayona una diputacion portuguesa á felicitar á Napoleon. El emperador la recibió afablemente el dia 16 de abril de 1808, prometiendo conservar la independencia de Portugal, sin desmembrar su territorio, ni menos agregarlo á España. Contentos los enviados portugueses con tan buena acogida, dirigieron un manifiesto á sus conciudadanos, espresándoles la satisfaccion de que se hallaban poseidos, y haciéndoles entrever la posibilidad de un porvenir venturoso bajo el amparo tutelar de Bonaparte, á cuyas órdenes no titubeaban los firmantes en someterse, creyéndose ligados al imperio francés con mas motivo que á la casa de Braganza, la cual habia desamparado el reino trasladándose al Brasil, y abandonando sus dominios de Europa á merced del primer ocupante.



El manifiesto de la diputacion fué en Portugal tan bien recibido, que se celebró en las ciudades con evidentes señales de alegría. Si Napoleon entonces hubiera sabido esplotar el espíritu público lusitano, tal vez hubiera encontrado un apoyo en aquel país contra la insurreccion española. ¿Qué momento mas oportuno que aquel para restituir á los portugueses las insignias y trofeos de su antigua monarquia, para abolir la impolitica contribucion de guerra con que los tenia abrumados, y para darles, junto con un monarca elegido por él, una representacion nacional que hiciese pasar como desapercibida la usurpacion al abrigo de la reforma? Nada de esto, sin embargo, se hizo; nada se puso en práctica de lo que podia confirmar á los descendientes de Vasco de Gama en las halagüeñas esperanzas que habian empezado á concebir. En vez de convocar Junot las cortes del reino como las clases ilustradas deseaban, se contentó con reunir la llamada junta de los tres estados, emanacion degenerada del antiguo sistema politico, y que nada podia significar á los ojos del país, hallándose aquella corporacion incompleta, y siendo preciso llenar las plazas que la emigracion de la alta nobleza habia dejado vacantes, con doce diputados nombrados al efecto por el mismo Junot. Esta junta dirigió á Bonaparte una humilde y abyecta súplica, en la cual pordioseaban sus individuos el honor de ser comprendidos en el número de los fieles vasallos del emperador, y aspirando á regir los destinos de los portugueses si este lo consentía, dejaban al arbitrio de S. M. I. el otorgamiento de la peticion, declarando que en el caso de no tener á bien concederla, se atreverian á pedirle un príncipe de su eleccion, á quien se confiase la defensa de las leyes, de los derechos, de la religion y de los mas sagrados intereses de la patria.

Esta representacion disgustó á todos los patriotas portugueses, los cuales se hallaban dispuestos, en el abandono en que el príncipe regente los habia dejado, á transigir con la necesidad de reconocer en buen hora un protector en Bonaparte; pero afianzando esa proteccion con garantías solemnes. Con este designio habian secretamente redactado algunos de ellos una constitucion liberal, y el magistrado popular José de Abreo Campos, tonelero de profesion, se encargó de presentarla al guerrero del Sena, protestando enérgicamente contra la abatida peticion de la junta de los tres estados. Nada hubiera ciertamente perdido Napoleon en hacer á Portugal concesiones que tan imperiosamente exigia la opinion pública; pero esto se oponia al sistema imperial, y el gefe de la Francia queria mandar en todas partes sin cortapisas de ninguna especie. El general Junot, que por su roce con los portugueses debia conocer, mejor que su amo, cuán oportuna podia ser en aquellas circunstancias una politica tolerante y flexible, olvidó lo mismo que él cuanto obligan las circunstancias á transigir con los pueblos. Ofuscado con la esperanza de empuñar el cetro portugués, queria tal vez ser monarca absoluto; y absorto al ver un papel en que se osaba consagrar la igualdad de los derechos, la libertad de la prensa, la tolerancia religiosa y la representacion nacional, hizo desterrar de Lisboa á cuantos sospechó haber contribuido al proyecto de constitucion, haciendo llamar al cuartel general al patriota Campos, á quien reprendió duramente, convirtiéndole con sus inectivas en uno de los enemigos mas encarnizados del nombre francés. Desvanecidas con este y otros hechos las esperanzas que Portugal habia empezado á concebir, volvió nuevamente el encono á apoderarse de los ánimos; siendo tal el estado de las cosas cuando las provincias de España se declararon en insurreccion.

Este grito de guerra lanzado de lo íntimo de nuestras entrañas en repulsa de una injuria cruel y en defensa de nuestra nacionalidad, no podia menos de hallar eco entre nuestros vecinos, víctimas de la misma ambicion, heridos igualmente en su orgullo, y desahuciados de todo remedio si no se apresuraban á aprovechar la ocasion que nuestros alzamientos les ofrecian para hacer